



Creemos y amamos la Iglesia, prefigurada y engendrada en María, bajo cuyo auxilio vive, pueblo caminante, santo y pecador a la vez, cuerpo que crece, de quien recibimos la vida y a quien con la nuestra engendramos (Credo Adsis)

Creemos y amamos la Iglesia...

Moderador General

En un tiempo como el actual, donde experimentamos la incapacidad de actuar conjuntamente para responder a tantos problemas que nos acucian, necesitamos soñar y creer que es posible convivir de otra manera y caminar juntos y juntas como humanidad.

Una de las vivencias que más nos pueden ayudar a concretar ese sueño es no cerrarnos en nuestros propios círculos de interés, sino concebirnos como identidades y pertenencias abiertas, inclusivas y dinámicas.

Por ello, la carta de este año quiero centrarla en una dimensión importante del carisma Adsis, reflejada en nuestro credo y que evoca un dinamismo relacional abierto y en permanente evolución. Me refiero a la dimensión eclesial, que queda reflejada muy bien en el credo cuando decimos: "Creemos y amamos la Iglesia".

MUNDO ABIERTO FRENTE A MUNDO CERRADO

Como humanidad estamos viviendo un tiempo de crisis en cuanto a las relaciones y a los vínculos, estamos más solos que nunca en un mundo donde prevalecen los intereses individuales sobre los colectivos.

Hoy en muchos países se utiliza el mecanismo político de la confrontación y la polarización, desechando la vía del diálogo y del consenso, la vía de buscar puntos comunes de encuentro. Como con-

secuencia, la relación se empobrece y se reduce a la prepotencia del más fuerte.

El aislamiento y la cerrazón en los propios intereses no son caminos para avanzar como humanidad, al contrario, nos abocan a una situación sin salida que genera cada vez más conflictos, violencia y destrucción.

Frente a ese mundo cerrado y mezquino hoy surgen voces por todas partes que anhelan otra forma de vida donde nos valoremos unas personas a otras, donde reconozcamos nuestra interdependencia y la veamos como algo intrínseco a nuestro ser humano, donde crezca la apertura, el enriquecimiento mutuo, la cultura del encuentro y del cuidado. Aprender a convivir es el gran imperativo de nuestra hora histórica.

"Hace falta la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos" (LS 202). Esto servirá para impulsar el cambio que la humanidad necesita, sentirnos parte de la única familia humana.

Es necesario gestar un mundo abierto. La vida subsiste donde hay vínculo, comunión, fraternidad, donde hay una creciente apertura en las relaciones y mayor capacidad de acogida mutua. Hoy se nos reclama ir más allá de los propios límites y fronteras, para construir un "nosotros" más amplio. Una sana apertura nunca atenta contra la identidad.

Para avanzar en ello, es necesario un corazón abierto, que acoja a las personas y grupos en su diferen-

cia y diversidad, fomentar el encuentro enriquecedor, y así, acrecentar la pasión compartida por una comunidad amplia de pertenencia y de solidaridad.

Como decía hace pocos días el Papa Francisco, *“O somos hermanos o todo se derrumba... No lo dejemos para mañana o para un futuro que no sabemos si llegará; hoy es el tiempo oportuno para caminar juntos... Ha llegado el tiempo de la fraternidad”*¹ Hoy estamos ante la gran oportunidad de manifestar nuestra esencia fraterna.

LA IGLESIA, INSTRUMENTO FRÁGIL DEL SUEÑO DE DIOS

Este mundo abierto, y llamado a una armonía cada vez mayor, lo soñó Dios desde el inicio de la creación. Desde el principio, Dios nos soñó como familia unida en medio de la inmensa diversidad. Quiso que no estuviéramos solos y por eso nos creó para el encuentro y la comunión, para la amistad y las cotas más altas de fraternidad.

Sin embargo, ese sueño siempre fue difícil de cumplir, y desde el comienzo de los tiempos el ser humano se encontró con importantes trabas para la convivencia pacífica y la construcción común. De ahí que el Creador decidiera implicarse personalmente en acompañar ese largo camino hacia la comunión y eligiera un pueblo con el que llevar adelante la humanidad nueva, sellando dicha elección con un pacto de fidelidad.

El Pueblo de Dios, elegido para hacer realidad el sueño de un cielo nuevo y una tierra nueva (Cfr Is 65, 17), estaba destinado a abarcar a toda la humanidad, pero muchas veces fue infiel a esa misión y se encerró en sí mismo. A pesar de ello, y por el inmenso amor de Dios al mundo, del seno de ese pueblo nació Jesús para entregarse por entero e impulsar definitivamente la fraternidad universal. Y lo hizo poniendo los cimientos de un pueblo renovado, la Iglesia, y estableciendo con ella una alianza nueva para sembrar fraternidad y comunión en todo el mundo.

1 Papa Francisco, Mensaje 4 de febrero de 2022

2 J.M. Velasco, *Creo en la Iglesia*, Ed. PPC, p. 8.

3 Cfr: J.L. PÉREZ ÁLVAREZ, *El Credo Adsis, vivencias del amor primero*, junio 2007.

Así, la Iglesia, impulsada por el Espíritu de Jesús, fue haciendo camino a lo largo de la historia entre luces y sombras, siendo instrumento frágil del sueño de Dios, muchas veces signo de contradicción. Tanto es así, que a veces atrae con su testimonio, pero otras, genera muchas dudas e interrogantes: ¿cómo creer en la Iglesia, que durante siglos ha desempeñado el papel de institución represiva de libertades? *La Iglesia aparece en la actualidad, para quienes la miran desde fuera, como una realidad anacrónica. La Iglesia, además, duele y escandaliza por su escasa sensibilidad hacia los valores nuevos; pero sobre todo por sus infidelidades al Evangelio, su gusto por el poder, su apego a las riquezas*²; y, especialmente, hoy, por el daño causado a tantas víctimas de abuso sexual por parte de personas consagradas.

De ahí nos surge un fuerte interrogante: ¿cómo entender y vivir hoy nuestra fe y pertenencia eclesial? Lo primero que habría que decir es que, llevando y sosteniendo nuestra fe personal está la fe de la Iglesia, y que a través de ella se nos ha dado el Espíritu. Hemos recibido la fe de la Iglesia, misterio de la presencia de Dios.

La fe es esencialmente eclesial porque crea en los que la vivimos una solidaridad de origen, de destino e incluso de vida. Y por ello, la eclesialidad es un don gratuito, objeto de petición y motivo de alabanza y de acción de gracias. En ella podemos hacer realidad la fraternidad universal a la que aspiramos.

Tiene que ver con nuestra presencia en el mundo y la historia que vivimos, pues desde nuestra pertenencia agradecida, activa, fiel y crítica estamos llamados a reconstruir la Iglesia en nuestros días, recreándola y haciéndola avanzar hacia el ideal que Dios quiere.

CREEMOS Y AMAMOS LA IGLESIA³

En uno de los puntos del Credo Adsis expresamos nuestra manera de vivir la Iglesia y nuestra pertenencia a la misma. Es una formulación que habla

sobre todo de vivencias entrañables y que refleja el modelo de Iglesia proclamado en el Concilio Vaticano II:

*Amamos la Iglesia con profundo amor y pertenencia. Somos conscientes de que, en su institución también humana, el pecado de sus miembros anida como cizaña. Pero nuestro amor a ella nos lleva a descubrirla, deseirla y construirla, dentro del mundo y para el mundo, desde tres referencias fundamentales: prefigurada y engendrada en María, pueblo caminante y cuerpo que crece*⁴.

Amamos una Iglesia que, **como María**, sea fiel sirva de la Palabra y la conciba y dé a luz desde su seno, fecundado por el Espíritu de Dios. Una iglesia que, como María en Nazaret, haga crecer a Jesús entre los hombres y mujeres de hoy; que otee y siga los caminos sanadores de Jesús; que esté presente a los pies de la cruz de tantas personas sufrientes; y que anhele la venida permanente del Espíritu. Queremos y deseamos con gran amor que María engendre en nosotros esta Iglesia preñada de Reino.

Amamos una Iglesia que sea **pueblo caminante** con los hombres y mujeres de toda condición (cf 1 P 2, 9-11). Amamos más el camino que el poder, más la pertenencia que la obediencia, más la gracia que la ley, más la misericordia que la exigencia, más el servicio que la doctrina. Estas opciones nos hacen **caminar**, teniendo en cuenta la santidad recibida por el Espíritu y, al mismo tiempo la debilidad y el pecado: **pueblo santo y pecador a la vez**.

Amamos la Iglesia como **cuerpo que crece**. En la vinculación a Cristo y a los hermanos y hermanas en la fe, **recibimos la vida**, y al mismo tiempo, por medio de los dones que cada cual recibe del Espíritu, **engendramos con nuestra vida a la Iglesia**.

Nuestras comunidades y nuestro Movimiento son así presencia y **servicio eclesial**. Por la Iglesia somos Adsis y para la Iglesia somos Adsis. Desde esta pertenencia y comunión somos y vivimos para el mundo y su historia por amor a Jesucristo.

4 J.L. PÉREZ ÁLVAREZ, *El Credo Adsis, una pasión por el Reino*, julio 2005.

5 Cfr: J.M. Velasco, *Creo en la Iglesia*, Ed. PPC, p. 17.

El amor a Jesús y a la Iglesia nos hace creer y esperar en el Reino de Dios, que es levadura y vida para el mundo y su historia; el Reino es el alma y el objetivo de la Iglesia.

CAMINANDO JUNTO A OTROS Y OTRAS PARA RENOVARLA

Nuestra experiencia de Iglesia tiene mucho que ver con algo que consideramos esencial, con caminar junto a otros y otras, aprendiendo a valorar la diversidad y a vivir una comunión cada vez más abierta según el espíritu de Jesús.

Por ello, la convocatoria del Papa Francisco de un sínodo, a fin de que entre todos y todas renovemos esta dimensión de caminar juntos y juntas de la Iglesia, es una gran oportunidad para avanzar en una comunión y servicio más evangélicos, y para responder a lo que hoy el mundo necesita.

Para ello se requiere una gran disposición a la conversión, al cambio profundo, tanto a nivel personal como comunitario; entre otras cosas, para no “reducir la comunión eclesial a la pertenencia a la propia comunidad o movimiento y a la simpatía con comunidades afines a la propia sensibilidad, formas de pensar y opciones sociopolíticas”⁵.

Creemos que es el Espíritu quien nos ha llamado a hacer este camino sinodal junto a tantos hermanos y hermanas, para realizar un proceso de conversión y transformación eclesial; un proceso que se orienta **hacia una nueva forma de ser y vivir la Iglesia**, con una espiritualidad que acentúa las relaciones y los procesos; que implica dinámicas participativas desde la escucha recíproca, el intercambio, la comunicación, y el deseo de llegar a consensos comunes. Lo cual supone relaciones impregnadas de respeto y de amor, de humildad y pobreza.

En el fondo está en juego el modelo de Iglesia, donde la participación de todo el Pueblo de Dios, el discernimiento, la toma de decisiones, la planificación, es responsabilidad de todos y todas y no de

unos pocos; y como tal, debe encontrar modalidades y estructuras adecuadas, aún por pensar.

Desde aquí, nos sentimos llamados por el Espíritu a **participar e impulsar la profunda renovación que la Iglesia necesita**, recibiendo vida y aportando la nuestra, para avanzar hacia una comunión plena donde los sectores más excluidos se sientan parte y sean protagonistas de la misma.

HACIA UN HORIZONTE UNIVERSAL

La identidad y la pertenencia de la Iglesia no la centramos fundamentalmente en la *institución* y en la *organización*, sino en ser "fermento" de fraternidad universal y sacramento del amor incondicional de Dios; haciéndolo con el testimonio y servicio, desde la fuerza profética y comprometedora de la fe, teniendo como signos la participación y la solidaridad comunitarias.

El amor nos pone en tensión hacia la fraternidad universal; nos lleva a una creciente apertura, a una mayor capacidad de acoger a los demás y de ir más allá de los propios límites. De esta manera, nuestra identidad y pertenencia eclesial es crecientemente abierta, impulsada hacia el horizonte de hijos e hijas de Dios y hermanos de todos los hombres y mujeres.

Por eso decimos que *la realidad mundial cada vez más intercultural e interreligiosa nos invita, como*

6 Ideario de Hermanos y Hermanas Adsis 9.6.

7 Fratelli Tutti 8.

Iglesia servidora y profética, a ir haciendo camino compartido con otras creencias y confesiones. El diálogo nos ayuda a vivir en comunión, *abriéndonos juntos a la experiencia de un Dios cercano a los sufrimientos y esperanzas de todos los hombres, pueblos y culturas.*⁶

Estamos llamados a ampliar cada vez más la fraternidad, la Iglesia, a no reducirla a intereses particulares, a vivirla con un corazón agradecido y generoso, dando gratis lo que hemos recibido gratis (Mt 10, 8). Que, como Francisco de Asís que creyó y amó la Iglesia de su tiempo reconstruyéndola desde los últimos, impulsemos una Iglesia sencilla, profética, que se recrea con los más vulnerables y jóvenes, para ser fraternidad que acoge a todos y todas.

Compartamos el sueño de Dios, hagámoslo nuestro, para que renazca un deseo mundial de hermandad, y como dice el Papa Francisco: *soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos.*⁷

Un fraternal abrazo

Fermín Marrodán Goñi

PARA REFLEXIONAR:

¿Qué significa para mí hoy creer y amar la Iglesia?,

¿qué me pide y nos pide hoy Jesús para seguirla construyendo?

